

proveyó esta necesidad del Estado. Durante la guerra de 1807, estos tres oficiales, hechos prisioneros en Stralsund, habian sido perfectamente tratados por el general en jefe Bernadotte, que suavizó su largo cautiverio con unos servicios señalados y que les logró el permiso de elegir una ciudad de Francia para su residencia, hasta ser cangeados. No los perdió de vista durante todo el tiempo que permanecieron en Francia, y cuando les fue permitido regresar á su pais, se despidieron del mariscal dándole las mas expresivas gracias por los beneficios recibidos. Cuando vino á faltar el príncipe de Augustembourg, se acordaron de su bienhechor, y formaron juntos el proyecto de manifestar su agradecimiento, proporcionando á Bernadotte la eleccion al trono de Suecia. Estos militares aprovecharon con destreza el influjo que les daba su posicion social sobre los individuos de los Estados, y no les costó mucho trabajo hacerles patente que, en un siglo de revoluciones, el reino rodeado por todas partes de unos vecinos celosos y poderosos, necesitaba de un príncipe guerrero que hiciese respetar su corona. Por otra parte, los amigos de las libertades suecas

hallaban mas garantía en la eleccion espontánea de un hombre que, sin tener derechos ni abuelos, y llamado al honor de sentarse en medio de los soberanos, se contemplaria deudor á la nacion que le confiaria sus destinos. Estas consideraciones fueron admitidas, y los tres oficiales tuvieron el encargo de ir á Paris á ofrecer el cetro de Suecia al príncipe de Pontecorvo, y de pedir la aprobacion del emperador Napoleon. Los pretendientes eran, el hijo del último rey Gustavo IV, muy inocente, sin duda, de las faltas de su padre, un hermano del príncipe de Augustembourg, y el rey de Dinamarca. Esta última eleccion hubiera podido salvar la Francia en 1803, con la poderosa diversion de los ejércitos de Suecia y de Dinamarca, ó anticipando el rompimiento de la Rusia incitada por la Gran-Bretaña, y recelosa de ver unidas sobre la cabeza de un príncipe amigo de la Francia las dos coronas del Norte. Sea lo que fuere de esta hipótesis, Bernadotte aceptó las ofertas de la Suecia.

Algunos han creido que Napoleon destinaba secretamente esta corona al príncipe Eugenio, á quien le parecia que debia una indemnizacion por el reino de Italia, y se dijo

entonces que este príncipe, ó sea que repugnase á mudar de religion, ó por no abandonar la Italia, se negó á admitir la proposicion. La eleccion tan imprevista de Bernadotte pareció á Napoleon una nueva prenda del favor de la fortuna que hacia subir á uno de sus mariscales al trono de Suecia, cuando otro ocupaba ya el de Nápoles; así es que pensó que le era glorioso aprobar la resolucion de los Estados de Suecia, y dió al nuevo príncipe real los medios de presentarse de un modo conveniente á ocupar el puesto que le estaba aguardando. Pero el consentimiento que dió á la eleccion del príncipe de Pontecorvo, su enemigo doce años hacia, fue mas generoso que prudente, supuesto que no podia creer que Bernadotte fuese mas sumiso que el rey de Holanda. Era de temer que, una vez sobre el trono, y no habiendo podido ser rival de Napoleon como guerrero, Bernadotte intentase luchar con él como soberano. La voluntad unánime de los Estados proclamó, en la sesion del 21 de agosto, príncipe real de Suecia al mariscal príncipe de Pontecorvo, á quien adoptó como hijo el rey Carlos XIII. El 1º de noviembre, Bernadotte, despues de haber

adoptado la religion reformada, prestó juramento en calidad de príncipe de Suecia. El 15, el gobierno sueco declaró que adheria al sistema continental. Se verá que las declaraciones de las cortes del Norte, excepto la fiel Dinamarca, no eran otra cosa que los manifestos de una tregua que tapaba los preparativos de una nueva guerra.

Napoleon, durante la estancia de los reyes de la familia imperial en Paris, se ocupó casi unicamente en los negocios de Holanda. Dispuso ademas contra la Sicilia una expedicion que habia de ser apoyada por una fuerte escuadra que estaba en Tolon. La Sicilia era para los Ingleses un vireynato, una inmensa plaza de armas y un vasto puerto militar y comercial. Desde allí, amenazaban y tenian suspenso el bloqueo continental del Mediterráneo, atacándolo por un contrabando activo en que su política consentia en perder mitad del valor de sus productos industriales. Para reprimir este fraude, Napoleon expidió, el 17 de agosto, un decreto que mandaba quemar á todos los géneros ingleses en Francia y en los Estados confederados, é introdujo en el sistema de aduanas unos tribunales sin apelacion. Con

estos terribles medios, la importacion se habia hecho poco mas ó menos impracticable. Sin embargo, era imposible pasar sin los objetos de primera necesidad no fabricados, y particularmente los géneros coloniales. El peligroso sistema de las licencias proveyó las necesidades las mas urgentes, y los productos de las fábricas francesas fueron entregados á los Ingleses, en cambio de los géneros que provenian de las posesiones de las dos Indias.

En el mes de abril, el rey Joaquin habia escrito desde Paris á su ministro de la guerra, el conde Daure, que la intencion del Emperador era formar una expedicion para apoderarse de la Sicilia y reunirla al reino de Tierra-Firme. En consecuencia, este ministro recibió la órden de preparar en los puertos de Calabria, mas cercanos de Reggio, todos los bastimentos necesarios para un ejército de veinte y cinco mil hombres. En llegando á Nápoles, Joaquin dió la mayor actividad á los dos servicios de tierra y de mar; fue en persona á Scylla donde estaba acampado parte del ejército que se componia de quince mil Franceses y de diez mil Napolitanos. Se habia armado una escuadrilla para proteger el paso. Des-

graciadamente se habian tomado malas disposiciones, y la expedicion demasiado gravosa, atendidos los recursos del reino, se hallaba débil y no podia lograr el fin propuesto sin el auxilio de la escuadra francesa. El ejército ingles casi invulnerable por su situacion, constaba de veinte mil hombres, incluidos veinte mil Irlandeses mandados por el general Stuart que tenia mucha fama: este jefe concentró sus fuerzas en las inmediaciones de Messina, armó y abasteció todas las plazas del litoral, asegurando las costas con fuertes baterías; ademas de que, y prescindiendo de una escuadrilla anglo-siciliana, una porcion de navíos de guerra ingleses cruzaban en el estrecho. La expedicion napolitana tenia pocos motivos de esperar un feliz suceso, como no llegasen diez navíos de guerra franceses que debian salir de Tolon para apoyar el ataque de Sicilia. Sin embargo, en el mes de octubre, y, á pesar de verse privado de este auxilio indispensable, el rey de Nápoles dió la órden de embarque. La division Cavaignac, compuesta de regimientos napolitanos, pasó el estrecho y desembarcó durante la noche en la Scaletta. Al amanecer viéndose sola volvió á

embarcarse y regresó sin obstáculo, dejando en Sicilia algunas compañías, que, habiéndose arriesgado en las montañas, tuvieron la retirada cortada. La tentativa tuvo por único resultado un gasto de ocho millones, y la pérdida de mil y doscientos hombres. Con todo, Napoleón logró sus fines que no eran la reunión de la Sicilia al reino de su cuñado, sino llamar sobre este punto la atención de los Ingleses, para impedir que enviasen refuerzos á Portugal y alejarlos de Corfou.

Conforme á las intenciones del Emperador, la campaña de Portugal se abrió en el mes de mayo, al momento en que se preparaba la expedición de Sicilia. El príncipe de Essling mandaba el ejército; llegó, el 2, á Valladolid; tenía bajo sus órdenes el mariscal Ney, el duque de Abrantes y el general Regnier; el general Monbrun mandaba la caballería. Massena empezó con tres sitios importantes, el de Astorga, que se rindió, el 6 de mayo, al duque de Abrantes; el de Ciudad-Rodrigo, que capituló el 10 de julio, en manos del mariscal Ney, y el de Almeida que se entregó el 28 de agosto; el almacén de pólvora de esta última ciudad voló con un estruendo tal, que unas

cureñas de á 24, en batería sobre las murallas de la ciudadela, fueron lanzadas á mas de quinientas toesas. Las dos llaves del Portugal sobre la frontera de la provincia de Salamanca, habiendo caído en poder del príncipe de Essling, este se dirigió á Busaco, el 15 de septiembre, marchando sobre Lisboa. Pero el Emperador había prescrito á Massena de no empezar sus operaciones, hasta haber reunido sesenta mil hombres, y en la batalla de Busaco apenas tenía cuarenta y cinco mil. Por lo contrario, las fuerzas de que podía disponer Wellington parecían inmensas; se podía inferir de los debates del parlamento de Inglaterra que ascendían á ciento ochenta y cinco mil hombres. A pesar de una diferencia tan enorme, el general inglés no había defendido á Ciudad-Rodrigo ni á Almeida. Era natural entonces que un hombre animoso como Massena, aprovechase esta circunspección y se precipitase sobre el camino de Lisboa, con la confianza de sus antiguos y de sus nuevos sucesos. Se debe sentir que haya cedido tan fácilmente á esta inspiración; en vez de dar la vuelta al enemigo que había fortificado á Busaco, le atacó de frente y fue batido, dejando

sobre el campo de batalla tres mil muertos y abandonando en Coimbra á otros tantos heridos. Entretanto, Wellington para cubrir Lisboa, se retiraba con lentitud delante de los Franceses hácia las líneas de Torres-Vedras. La lentitud de esta retirada se atribuyó menos á la actitud que debía darle la superioridad numérica de su ejército, en comparacion de la del mariscal, que á una combinación horrorosa resultante de las órdenes de la regencia de Lisboa. Espantada de la rendicion tan pronta de las plazas de Ciudad-Rodrigo y de Almeida, la regencia habia decretado la ejecucion de un plan de devastacion general de toda la fértil provincia de la Beyra, es á decir de una extension de pais de mas de ochocientas leguas cuadradas, y que se amontonase toda la poblacion dentro de Lisboa ó en el recinto de sus líneas. Esta medida execrable de un gobierno que hace destruir la fortuna de sus súbditos por manos de sus mismos compatriotas, es el delito mas atroz del poder. Semejantes órdenes, es preciso decirlo para avergonzar á los pueblos, se cumplen siempre rigorosamente. Las milicias portuguesas, que figuraban en número de ochenta mil hombres en el

ejército de Wellington, ahorcaban y afusilaban sin piedad á todos los que rehusaban de quemar sus cosechas y sus habitantes. En Coimbra, pueblo de veinte y cinco mil almas, el ejército frances solo encontró á algunos ancianos, que debieron á su debilidad el permiso de morir en sus hogares. Los enfermos franceses que quedaron en los hospitales fueron asesinados por los Portugueses. La bandera inglesa protegía toda clase de barbarie.

El príncipe de Essling intentó en vano proseguir en su marcha sobre Lisboa. Halló en las líneas de Torres-Vedras, establecidas por Wellington delante de la capital, un recinto triple de defensa, inexpugnable para un ejército tan débil como lo tenia. Hubiera podido, sin duda, despues de una accion brillante que tuvo el general Clausel, apoderarse del primer recinto; pero hubiese tenido que parar delante de los dos otros guarnecidos con una innumerable artillería. Massena, viendo que no podia salir con su empresa, pensó en efectuar su retirada protegida por el mariscal Ney que ejecutó en Miranda unas maniobras militares admirables. El general en gefe se proponia unicamente abastecer á Almeida donde queria

tomar posicion. Sesenta mil Anglo-Portugueses cercaban aquella plaza, y Massena, teniendo solo veinte y tresmil, se vió en la precision de mandar al general Brenier gobernador de la ciudad, volar las fortificaciones, lo que ejecutó durante la noche del 9 al 10 de mayo de 1811. De los mil ochocientos hombres que componian la guarnicion de Almeida, mas de la mitad se reunieron al ejército. Las armas de Massena fueron menos felices en Portugal que en todos los demas paises de Europa donde habia merecido el nombre de *invicto*.

Durante esta campaña, reinó una mala inteligencia completa entre los mariscales Ney y Massena, y los demas generales se dividieron en dos bandos, lo que prueba que el espíritu del ejército se habia alterado mucho. La historia tiene que señalar el hecho, aunque con sentimiento, pero ¿quién se atreveria á pronunciar entre Ney y Massena? Un solo hombre sin duda, si como ellos no estuviese en la tumba.

Con todo, el príncipe de Essling pudo ensoberbecerse por haber resistido con menos de cuarenta mil hombres á ciento y veinte mil Anglo-Portugueses, desde la funesta batalla de

Busaco, es á decir, desde el 15 de septiembre hasta el 15 de mayo del año siguiente. La infeliz provincia de Beyra perdió durante el invierno de 1810 á 1811, mas de cuatrocientos mil individuos que perecieron de hambre, de frio y de miseria. Veinte batallas las mas terribles no hubieran podido tener este cruel resultado. El pueblo de Lisboa, testigo de las calamidades de esta guerra cruel, se sublevó, pero la regencia oprimida por los Ingleses contuvo á los Portugueses.

En España la guerra fue mas feliz, en cuanto podia serlo semejante guerra. La batalla de Ocaña, ganada el 19 de noviembre anterior, nos abrió las puertas de la Andalucia. El ejército del rey, mandado por el mariscal Soult, tomó el nombre de su conquista. En su marcha rapida y triunfante, ocupó á Baylen, pero sin creer que borrarse la vergüenza de la capitulacion del general Dupont. Jaen, la antigua Cordoba y Carmona cayeron en nuestro poder. El 7 de enero, el general Sebastiani dispersó el ejército español en las inmediaciones de Granada, y el dia siguiente entró en la ciudad; el 9 era dueño de Málaga. El 1º de febrero, Sevilla, donde residia la junta su-